1925

FEDERICO MORE

¿TACNA Y ARICA PARA BOLIVIA?

221

27

LA PAZ—BOLIVIA
GONZALEZ Y MEDINA—EDITORES
1919

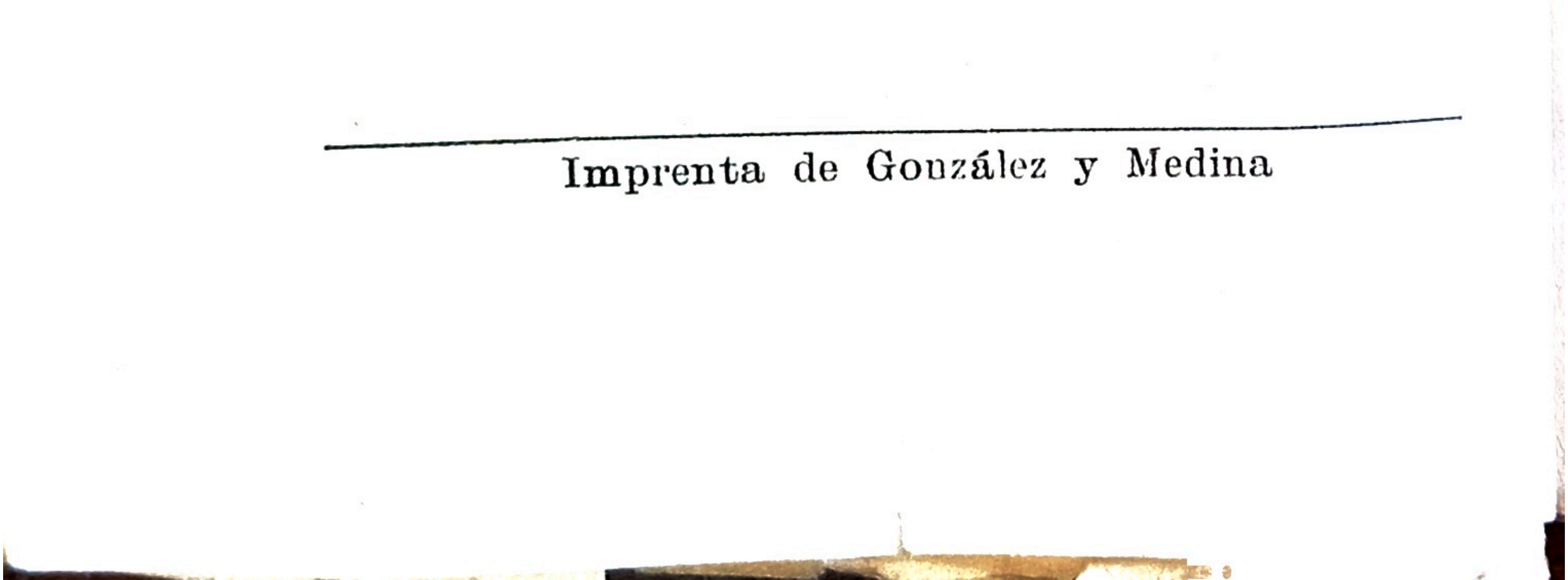
341 (84.83)(09)

Número del Nuevo Inventario 1027

CONTRALORIA GENERAL
INTERVENCION
COCHABAMBA-BOLIVIA

4960

Imprenta de González y Medina



¿Tacna y Arica para Bolivia?

1 Anexion (Derechos enteros)

I. -/

DEL AUTOR

Miosotis. – Arequipa, 1908.
Deberes de Chile, Perú y Bolivia ante el problema del Pacífico.—La Paz, 1918.
Gregorio Reynolds y Leonidas Yerovi.— La Paz, 1918.
Por ahí van las almas.....—La Paz, 1918.
¿Tacna y Arica para Bolivia?—La Paz, 1919
La próxima conflagración suramericana.— La Paz, 1918.

EN PRENSA

Poetas contemporáneos del Perú y Bolivia.
(En colaboración con José E. Guerra).
Hombres paralelos del Perú y Bolivia.

PARA LA PRENSA

Reloj de Arena.
Fuegos Inmóviles.
Sala de Armas.
La Cueva de Montesinos.

EN PREPARACION

El Idilio de Ancasuyu.
El Huayñu de la Muerte.

FEDERICO MORE

25841

¿TACNA Y ARICA PARA BOLIVIA?

INVENTARIADO
No 000048
1 de IV de 19

N
341.221
M79

LA PAZ—BOLIVIA
GONZALEZ Y MEDINA—EDITORES
MCMXIX

1919

DIP

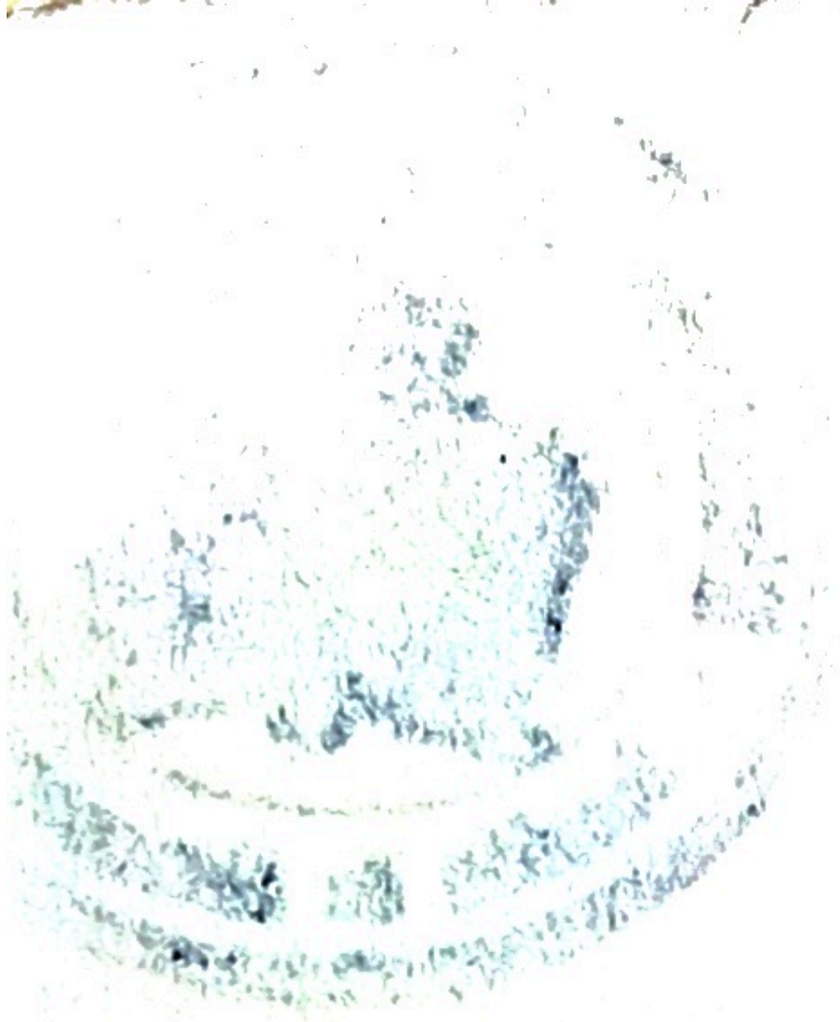
En esta primera edición, los editores tienen su derecho reservado.

Ofrezco estas páginas a los hombres jóvenes que, en el Perú, Chile y Bolivia, tengan la obsesión tenaz e inteligente de construir, aun a costa del dolor, un porvenir venturoso.

A los que siendo políticos de verdad, sepan sentir su inteligencia y dar nobleza mental a su sentimiento.

En "Deberes de Chile, Perù y Bolivia ante el problema del Pacífico", escribí: las campañas que un escritor inicia alrededor de intereses de naciones .....deben tener.....la permanente eficacia varonil de la Idea.

Ahora, sólo me queda añadir que, sin duda posible, la perseverancia es la primera obligación del Ideal. A costa de todo.



Rectifica y amplía

Para Bolivia debe ser el pedazo de costa peruana comprendido entre el último tercio del paralelo diecisiete y el primero del dieciocho, costa cuyo principal puerto es Sama, y que hoy forma parte del departamento peruano llamado Tacna Libre. Bastaría prolongar, casi en líneas paralelas, la provincia boliviana de Pacajes. Prolongarla hasta el mar, de modo que, por el norte, tuviese de limítrofe el puerto peruano de Ilo y, por el sur, el puerto chileno

de Arica y, tierra adentro, la ciudad chilena de Tacna.

Estas palabras las tomo de mi libro DEBERES DE CHILE, PERU Y BOLIVIA ANTE EL PROBLEMA DEL PACÍFICO, obra a la que tengo que referirme con frecuencia en el curso de este folleto.

Soy, acaso, el primer escritor americano que plantea, dentro de un orden positivo e inmediato, la necesidad que Bolivia tiene de tierra propia en el mar de Balboa. Claro está que, desde 1884, fecha en que Chile y Bolivia firmaron el pacto de tregua, en el criterio de toda la América estaba formada la convicción de que la República del Altiplano no puede vivir sin salida al Pacífico. En los treinticinco años que van corridos, tal convicción ha ido acentuándose. A partir de 1904, fecha

en que, gracias al tratado de paz chileno–boliviano, Bolivia quedó jurídicamente sin puerto, el ansia de tenerlo se ha exacerbado. Hoy, al terminar la guerra europea, ha hecho crisis.

Lo más grave del caso es que ni Perú ni Chile ignoran la precisión impostergable de darle puerto a Bolivia. La verdad es que se habló de ello sólo en términos generales. En el fondo del sentimiento popular boliviano y del pensamiento gubernativo, siempre se pensó en que Arica fuese el reemplazo de Antofagasta. Una manifestación bien clara de tal deseo, se encuentra en la plena aquiescencia que Bolivia prestó a la construcción del ferrocarril de Arica a La Paz, acto que realizó el Gobierno chileno a despecho de todas las indiscutibles prerrogativas del Perú.

Recién en abril de 1918, me fué concedido, en la obra a que ya he hecho referencia, plantear el problema con criterio realista. Aquel libro mío suscitó, sobre todo en el Perú, agrias controversias. No es este sitio de rememorar insultos. Baste decir, para justificación de mis actos y mis ideas, que, antes de un año, los acontecimientos han venido en mi apoyo.

Cuando yo pedí para Bolivia el puerto de Sama, lo hice, en primer lugar, porque siempre me pareció difícil, si no imposible, que Chile renunciara a la posesión de Tacna y Arica y se me ocurrió que el solo hecho de plantear tal renuncia, significaba negarle toda solución al problema.

Que el Perú cediese Sama a Bolivia y Arica y Tacna a Chile, parecióme

más hacedero. Quien desee hallar las razones que me asisten para opinar así, puede buscar mi libro tantas veces citado.

Ahora, debo confesar que acaso incurrí en grave equivocación. Veo que es posible que Chile entregue a Bolivia Tacna y Arica. Lo importante es que ceda Arica. La cesión de Tacna, en este caso, obedecería a la lógica geográfica.

Ya es cosa convenida entre los politicógrafos suramericanos, que Antofagasta en ningún caso es el puerto apropiado para Bolivia. Algunos soñadores generosos, sostienen la tesis de que Bolivia no necesita mayormente salida al Pacífico, pues podría solucionar su comunicación con el Océano fomentando la navegación fluvial en

sus ríos amazónicos, de manera de llegar al Atlántico. Esto tiene que ocurrir; pero no es fácil improvisarlo. Además, en buena teoría geográfica, Bolivia es nación del Pacífico. Es su salida natural, no sólo por su ubicación desde el punto de vista del Andinismo, sino porque una cosa es tener puerto y otra es tener salida al mar. Suponiendo que lograse el dominio de su navegación amazónica, siempre estaría sin puerto. Salida al mar, hoy mismo la tiene; pero el problema no es este. El problema es que tenga soberanía política y nacionalidad efectiva en un puerto del Pacífico. Que sea Sama o sea Arica, no es cosa que importe. Como que todo problema, siempre tiene varias y diversas soluciones.

Política general

Que Bolivia tenga ó no puerto, es cosa que interesa a todo el Continente. En la inevitable conflagración sudamericana, la cuestión del puerto a Bolivia es acaso una de las más graves. En el asunto de Tacna y Arica, lo único que hay comprometido es el romanticismo del Perú. El Perú puede, sin alteración en su vida nacional, ceder esas provincias. En cualquier orden, que no sea el sentimental, Tacna y Arica carecen para el Perú de un valor

necesario e insustituíble. Le son contingentes. Suponiendo que al Perú le apurará expansión, hay que convenir en que, de ninguna manera, debe buscarla en el Sur. Su posición de pueblo céntrico, con franco desenvolvimiento hacia el Mediodía, le obliga, en el caso de que necesite expandirse, a ir hacia el norte. Esto no pasa de una teoría: en caso alguno quiere decir que el Perú, por ejemplo, tienda a Guayaquil.

Para Bolivia, tener o no tener puerto, es cuestión de vida o muerte. No se trata de reparar una derrota ni de buscar la gloria, siempre agradable, de una revancha. No se trata sólo de enmendar las consecuencias de la Guerra del Pacífico. Se trata de remediar un error que viene desde los primeros días de la libertad de América. Error

de demarcación territorial, error político y mercantil. Error geográfico que a la larga se ha convertido en error histórico.

El desenvclvimiento sicológico de Suramérica, no adquirirá plena armonía eficiente, mientras Bolivia no tenga un puerto en el Pacífico. No hay equilibrio continental posible si Bolivia sigue en su posición mediterránea.

Quiere, pues, decir, que, dada la gravedad del problema, es urgente resolverlo pronto, de una o de otra manera. Es absurdo pretender que el Perú o Chile sean verdaderos amigos de Bolivia, mientras está nación esté clausurada. Por fuerza ha de abrigar cierto rencor hacia los vecinos que la cercan y que le venden el acceso al mar. Y ese rencor, a la postre puede

convertirse en una cristalización sicológica de la nacionalidad y hacer imposible todo arreglo. Lo que es un desvío del afecto y un traspiés de la solidaridad, acaso llegue a cambiarse en una enemistad histórica, perjudicialísima para todas las naciones del Pacífico que están irremediablemente ligadas en el proceso de sus evoluciones respectivas.

Para mantener a Bolivia en su condición de mediterránea, el Perú, lo mismo que Chile, necesitarán siempre hacer una política tortuosa de confabulaciones, una política de *ententes* sórdidas, ya sea hacia Brasil o hacia Argentina. Siempre habrán de vivir lisonjeando y comprando a los políticos de Yanquilandia. Quiere decir que nunca tendrán la plenitud de sus liberta-

des y la gerencia autónoma de sus negocios.

Finiquitado el asunto del Pacífico, ninguna de las tres naciones necesitará adular a los poderosos. Equilibradas y con sus necesidades atendidas, nada las apremiará para sostener situaciones de oscura injusticia o de inconfesable ambición.

Lo único que en este momento se necesita, es que, lo mismo en el Perú que en Chile, los directores comprendan que ha llegado la hora de metodizar las fluctuaciones que enferman al Continente. Y que los directores de Bolivia comprendan que no pueden aspirar a un puerto, a costa de Chile o Perú, si no van a ofrecer juiciosas compensaciones y promesa formal de mante-

ner siempre un equilibrio armonioso y del todo bien intencionado.

No decimos esto porque sospechemos de la buena fe de las tres naciones. Lo decimos porque es un hecho que la sombría diplomacia europea nos ha inficionado un poco de deslealtad y aun no nos resolvemos a hacer una política de puertas abiertas, una política ventilada que permita respirar a los pueblos. Esa diplomacia sin oxígeno que ha sido el mal de Europa, ya empieza a enfermarnos. Por eso, conviene recordar a los hombres públicos de Suramérica, el deber en que se hallan de proceder sin dobleces y sin rencores.

En el momento en que escribimos estas líneas, se nota en las tres repúblicas un vivo y generoso deseo de

arreglar los saldos que, viniendo desde los orígenes de nuestras democracias, cobraron significación en la Guerra de 1879. En Bolivia se acentúa de manera intensísima la campaña en pro de la consecución de un puerto. Cartas que nos escriben del Perú, nos prueban que allí tampoco se tiene voluntad adversa a los arreglos. En Chile, político de talla, como el senador don Agustín Ross, plantea, en el primer órganc intelectual del Mapocho, en *Revista Chilena*, la necesidad de que Chile entregue a Bolivia Arica y Tacna.

Todo este movimiento, no puede producirse por el hecho de que dos o tres escritores hayan resuelto agitar el cotarro. Tiene causas generadoras más importantes y profundas. La palabra de los literatos y los periodistas,

sólo ha venido a servir de alerta y de medio de difusión. De allí no pasa. Estudiar por qué en tan preciso instante se ha producido el movimiento, será el motivo del estudio que viene.

Antes de entrar de lleno, rogamos a los lectores de Hispanamérica, y de modo principal a nuestros connacionales, los peruanos, que tengan el mejor espíritu de conciliación. Cualquier alarde chovinista o poco inteligente, puede, ahora que la armonía se avecina, obstaculizar seriamente la labor de los que nos hemos propuesto extraer quintas esencias de cordialidad, del fondo mismo del desastre y de tantos errores acumulados y que se reagravan gracias a la pasión sin cauce y a un patriotismo puesto del revés.

Ensayo ético sobre el mar

La guerra siempre viene del mar. En el Mar se esconden los orígenes de la Vida y la Muerte. El Infinito, compleja cosa interminable, cuna de los dioses, sitio a dónde seguramente van los héroes, en el mar tiene relente y verificación.

En el Mediterráneo, está el secreto meridional. El Adriático conoce las inspiraciones de los latinos. El Ejeo y el mar azul de Jonia delatan las formas de la cultura helénica. El Océano es

para los pueblos el aparato respiratorio. Pobre del país que no sepa luchar contra la asfixia.

Parece discutible el apotegma socialista: la tierra no puede ser propiedad individual. Es incontestable este postulado: el mar no puede ser propiedad nacional.

Los hombres defienden el dominio del mar tanto como la integridad de la tierra.

Si, como corolario de la guerra europea, el mar fuese rescatado de la garra inglesa, evitaríase para el futuro el monopolio del aire. Quizá se produzca, y su emancipación sea el orígen de la próxima lucha libertadora. Si no lo es la universalización absoluta de la libertad.

Porque, a la postre, el aire tiene

que ser a los hombres tan necesario como el mar. Mediante la tierra se alcanzó el dominio de lo sólido. El de lo líquido lo representa el agua. Pero el elemento gaseoso no puede quedar esceptuado del afán conquistador del hombre. Sin duda, la conformación física de la naturaleza, tiene sus repercusiones en el espíritu de la especie. Nuestro espíritu, que siempre tiende a civilizar y a perfeccionar los elementos, sirviéndose de ellos, en todos ha de buscar, por fuerza, algo que le represente utilidad y belleza.

Por todo esto, se comprende que Francia y España traten de mantener, lo que no ya geográficamente sino por tradición de cultura les pertenece en el Mediterráneo. Se explica que Italia defienda su posesión proporcionada en

el Adriático, ante el cual la "ciudad anadiomena" vivió suntuosamente grandes episodios del acervo histórico italiano. Quizá sea justo que mañana Yanquilandia y los pueblos del Sol Naciente se despedacen por delimitar sus esferas de influencia en el Pacífico.

En tales combates trataríase del justo dominio que cada nación merece tener en cierta zona marina. Es, por ser lo menos, la forma de evitar el despotismo en la navegación.

Aquello de la libertad de los mares, es la forma bursátil y diplomática de designar el más grande anhelo humano.

Sociabilidad dominadora en el Tiempo y ampliada en el Espacio, la viabilidad, dentro del concepto político, es la reciprocidad mercantil de los pueblos.

Suramérica es Continente donde hay países que tienen hasta dos mil quilómetros de costa. Posee el más grande espacio que el mar haya concedido a la tierra. Y en Suramérica hay naciones que, estando a doscientos quilómetros de la costa, no tienen un puerto. Este solo hecho, bien merece una guerra.

Pero en el dichoso continente donde los dentistas opinan sobre los más graves asuntos internacionales, en el momento mismo en que los hombres de estudio, los periodistas, los parlamentarios, los políticos, no aciertan, —en el dichoso continente americano es imposible que pueda suceder nada que lleve una brizna de inteligencia. Y es natural que los hombres que no son capaces de ver el lado útil y prosaico

del mar, sean absolutamente negados para percibir las imperiosas fases sentimentales del problema.

Afrodita nació del mar. Sólo del mar podía surgir la más alta forma de la tortura humana. Quién sabe si lo que los hombres defienden es la sagrada calidad del sitio que vió emerger a la madre de la Belleza y el Amor.

Acaso la guerra vino porque la boscátil y lacustre Loreley, ignorante del mar, quiso ir hasta él, siquiera para compatir dominio con la áurea, rubia y noble diosa marina, con la deidad insigne cuyo solo recuerdo es la más alta y pura heráldica para los mares ilustres de Jonia.

La ilusión peligrosa

El problema del puerto para Bolivia deben tratarlo las diplomacias de Perú y Chile con la más sutil delicadeza. No sólo porque es el motivo más serio en el asunto de la paz continental, sino porque o Perú o Chile serán los que deban dar ese puerto.

Pero mayor delicadeza debe tener Bolivia. Cualquier desvío del entusiasmo popular, cualquier acaloramiento gubernativo, cualquier exceso de prensa, pueden comprometer y acaso frus-

tar las gestiones de los que, con su idea o con su acción, sostienen la necesidad de ese puerto.

En primer lugar, es imperdonable que se tienda hacia Antofagasta y que el Perú, hablando de revancha, soliviante no sólo los ánimos de sus propios habitantes sino los de los bolivianos. La única labor concreta de la diplomacia peruana en La Paz, consiste en fomentar esa ansia de revancha y en mantener vivo en Bolivia el deseo por Antofagasta.

A Bolivia no le conviene Antofagasta. Pero suponiendo que le conviniera, nadie tiene derecho para pedir a gritos la devolución de Cobija y Tarapacá. Ambos departamentos son materia de tratados. En ambos, Chile tiene posesión jurídica. Eso no se

rescata sino por las armas. Pero si Bolivia y Perú meditan y urden la posibilidad de tal rescate, no lo griten, no perturben la tranquilidad del continente esclamando a cada triquitraque:

—Ya verán ustedes cómo, dentro de poco, Chile nos devuelve aquello.

Eso se hace, o se calla. Si Perú y Bolivia creen que es preciso que les devuelvan Tarapacá y Cobija, respectivamente, comiencen por liquidar, de un modo o de otro, la cuestión de Tacna y Arica y, luego, sin romper la armonía con Chile, ocúpense silenciosamente de preparar la revancha.

No somos partidarios de esta solución; porque creemos que al Perú no le hacen falta Arica y Tacna y que su expansión está en el norte; pero si los políticos (?) juzgan que es preciso

vengarse de Chile, háganlo con varonil silencio.

Es ilusión peligrosísima mantener en los pueblos ese deseo declamatorio y ululante por territorios que fueron cedidos en buena jurisprudencia. Ni la dichosa Liga de las Naciones ni el sistema planetario, constituído en árbitro, podrían, en justicia, obligar a Chile a devolver Cobija y Tarapacá. Ya se sabe que, según los que dictarán la vida al mundo, "los tratados no son tiras de papel". Y menos de "papel mojado". Si no lo son, no queda más remedio que respetar el tratado de Ancón y el tratado Gutiérrez–Bello Codecido.

Para llegar a la solución, hay que partir de dos principios inmutables: Cobija y Tarapacá, pertenecen, sin

lugar a interpretaciones ni a distingos, a la soberanía chilena; Tacna y Arica, en derecho, son del Perú y en el hecho de Chile: luego no son de nadie. Del segundo principio, arranca un corolario axiomático: ergo, podrían ser de Bolivia.

De estos términos no debe salir el problema. Naturalmente, Tacna y Arica no podrían ser entregadas a Bolivia sin la plena aquiescencia de Perú y Chile. Sobre todo del Perú. Y con las compensaciones que fuese de honra y de utilidad conceder.

El punto de vista chileno

Sin duda alguna, si fuéramos a consultar con uno de los lancheros de Antofagasta, Iquique o Valparaíso la posibilidad de ceder a Bolivia Tacna y Arica, recibiríamos, a poco recibir, una puñalada. Si lo fuéramos a decir en un comicio popular o ante un público de cinema, la rechifla sería trágica y acaso sobreviniese el linchamiento.

Donde habría que hablar de la cesión es en la Casa de Gobierno y en el Congreso. Hay que observar un

punto: los dirigentes chilenos han cometido el error de alimentar la vanidad del populacho a costa de Tacna y Arica. Si mañana, por cualquier acuerdo continental, Chile cediese a Argentina el dominio insular de Magallanes o las pocas tierras que le quedan hacia Patagonia, el pueblo vería tal cosa con relativa indiferencia. El pan y los juegos de la multitud chilena han sido y son Tacna y Arica.

Prescindiendo del error, en esto hay absoluta falta de lealtad. Chile ha debido comprender siempre que no le convenía exacerbar los sentimientos populares respecto o esas tierras que, en cualquier momento, por cualquier combinación imprevista, pueden pasar a otras manos, puesto que no le perte-

necen a Chile, en ese sentido jurídico que tiene la palabra propiedad.

No se puede, pues, pensar en nada, mientras ante el pueblo chileno no se presente el problema desde su verdadero punto de vista y mientras a los directores de la política mapochina no se les persuada de que deben cambiar métodos. Esta segunda parte es más principal, ya que el pueblo chileno, como todos los pueblos suramericanos, aun no tiene una conciencia cívica que pueda dictaminar libre de las sugestiones de oligarquía y plutocracia.

La vanidad que el pueblo chileno y aun los dirigentes, puedan tener en la posesión de Arica y Tacna, no nos parece que merezca los honores de una discusión. A lo mucho, merecerá los esfuerzos de una propaganda para

hacerla desaparecer. Hay que empezar por discutir con los prohombres chilenos la utilidad que para su patria tiene Arica y Tacna.

Mientras no se liquide la Guerra del Pacífico, las Cautivas tienen para Chile indeclinable importancia estratégica. Son el primer reducto defensivo para el caso de un nuevo conflicto con el Perú y el centro vial de la movilización, si igual caso se presentase con Bolivia. Para Chile, Tacna y Arica, no tienen otra importancia. Por lo demás, desde todo otro punto de vista que no sea el militar, Tacna y Arica, le representan a Chile algunos millones de pérdida anual.

Quiere decir que el día en que el Perú recobre sus derechos sobre Tacna y Arica o los ceda voluntariamente

y en buena jurisprudencia, éstas tierras no tienen importancia ni para el Perú ni para Chile, países que no necesitan más costas y en cuyas respectivas economías Arica y Tacna siempre representarán déficit. Liquidada la guerra del Pacífico, desaparecería la razón estratégica y, con ésta, los bonos Tacna y Arica sufrirían una baja de noventinueve sobre ciento.

Pero la guerra del Pacífico no tiene liquidación mientras Bolivia carezca de puerto. Supongamos que entre Perú y Chile se arreglen en la forma menos prevista: la readquisición de Arica y Tacna por parte del Perú. Esto no evitaría la guerra perú-boliviana, la guerra que debiese definir esta disyuntiva: o Bolivia adquiere puerto o renuncia a él para siempre.

Los peruanos dicen que ellos no tienen por qué darle puerto a Bolivia, ya que ambos sufrieron las consecuencias de 1879. Los chilenos, invocando sus tratados y su derecho de vencedores, declaran que tampoco son los llamados a darle a Bolivia lo que necesita.

Si ni los unos ni los otros están relacionados con la solución de asuntos en que ambos son protagonistas, no queda más remedio que ir a la guerra. De tal manera, las solicitaciones de Bolivia no tendrán en el resto de Sur-américa oídos de mercader.

En el caso en que, con plena tolerancia del Perú y recibiendo éste las compensaciones a que es acreedor, Tacna y Arica pasasen a la soberanía boliviana, para Chile carecería de im-

portancia la pérdida de la tronera estratégica que el Morro representa.

Chile necesita más territorios. Pero la expansión nunca debe entenderse en el sentido de tamaño sino en el de riqueza. Un quilómetro cuadrado de los salitrales de Tarapacá o Cobija, vale seguramente muchísimo más que todo el vallecito de Tacna o que la infecunda playa de Arica.

Contemplando así las cosas, se viene a ver que para la indebida retención que Chile hace de las provincias peruanas, no hay sino una razón de vanidad, la que, por ser tal es fácil y decorosamente renunciable. Si sobre Tacna y Arica el Perú o Chile tuvieran una soberanía completa, es evidente que el orgullo nacional hallaría dura la renuncia; pero esa plenitud de la sobe-

ranía no existe, ya que mientras al Perú le falta el hecho, el derecho no le asiste a Chile.

Quiere decir que acaso la manera menos difícil, más cuerda y decorosa de saldar la guerra del Pacílico y darle equilibrio al Continente, es ceder a Bolivia Arica y Tacna.

El punto de vista peruano

No se crea que en el Perú es un sentimiento colectivo profundo e irreductible el amor a Tacna y Arica. No son pocos los peruanos que opinan francamente por la cesión de esas tierras a Chile. Todos, no cabe negarlo, sueñan con la revancha; pero nadie ignora que en este momento no es posible; y prefieren, con excelente acuerdo, la cesión de las cautivas y el cultivo, con Chile, de una amistad que sería fecunda en resultados económicos.

Un gobierno popular y querido, el de don Guillermo E. Billinghurst, inició las gestiones para solucionar el problema, naturalmente a base de la cesión, aunque ésta se produjera en forma disimulada.

Y es que Billinghurst no tenía intereses de camarilla que defender. Su deseo fué hacer un gobierno lógico. En el Perú, los oligarcas no admiten el arreglo con Chile. Su política es la contraria: reagravar siempre el remanente de la guerra del Pacífico. Las crisis acerbas en las relaciones perú-chilenas, coinciden con los movimientos electorales del Perú: sobre todo, con la renovación del Poder Ejecutivo,

Véase: en mayo de 1919, habrá elecciones presidenciales en el Perú; en noviembre de 1918, se exasperan los

ánimos contra Chile. Así, el gobiernc limeño—lo cual es muy distinto de peruano—se capta, aunque sea para el pasajero momento electoral, la simpatía del pueblo. Como que en el fondo del sentimiento popular peruano, hay odio a Chile, por mucho que la cesión de Tacna y Arica tenga numerosos partidarios.

Lo que en el Perú no se ve claro, es esto: que Bolivia necesita costa en el Pacífico; que al Perú no le conviene ser aledaño de Chile. Estos dos aspectos son los que hay que llevar a la conciencia peruana.

Si para Chile, país de relativa pequeñez territorial, Tacna y Arica representan pérdida, para el Perú, pueblo de territorialidad enorme, Tacna y Arica son, más que una pérdida, un

estorbo. Para Bolivia no tienen más valor que el de ser comarcas costaneras del Pacífico.

Acaso ninguna solución sería para el Perú más decorosa y útil que la entrega de Tacna y Arica a Bolivia. Así, quedaba totalmente liquidado el saldo de la guerra de 1879 y Perú, sin lindar con Chile, tendría siempre, por la fuerza de la geografía, la alianza de Bolivia.

Aquella sería la hora de pensar seriamente en la revancha, si se cree que es tan necesaria.

Todo esto, implicaría la novación de contrato con respecto al Tratado de Ancón.

Para probar que la cesión de Tacna y Arica a Bolivia, es acertadísima, basta decir que es la transacción más

juiciosa, equitativa e inteligente que podría tener el canceroso pleito del Pacífico.

No deben equivocarse los peruanos al juzgar el sentimiento chileno hacia Tacna y Arica. También Chile cree que su romanticismo está comprometido en la posesión de esas provincias. No solo al Perú le está reservado el derecho de tener sus profundidades sentimentales. Si ambos países cedieran en provecho de un tercero harto necesitado de esas regiones, quedaría resuelto, con hábil dignidad, junto con el problema político el capricho emotivo.

Los procedimientos

Tan honda es en Bolivia la conciencia de que la patria necesita salida al mar, que ya el anhelo ha llegado a los cantos populares.

En los más bajos fondos de la sociedad, se encuentra, terminante y profundo, el deseo del puerto. Como ocurre en casi todo Suramérica, los que no tienen conciencia clara acerca del puerto, son los miembros de las clases altas. Los hay que, por dárse-la de hábiles, de muy avisados en polí-

tica y de muy sutiles en diplomacia, sueltan frases de este juez:

—Lo peor que podría sucederle a Bolivia es tener un puertc en el Pacífico.

Naturalmente, estos hábiles son los responsables de que en el Continente no exista con la intensidad que debiera, el concepto reparatorio de la mediterraneidad de Bolivia. La voz del pueblo no llega afuera de la patria; ni el dinero de la plebe tiene cantidad y organización para propagar una idea.

Y los directores, que son los dueños del oro y del sistema, han juzgado prudente callar siempre y, a veces, desvirtuar la idea. El resultado de esa poiítica no se ha hecho esperar: nadie en el Cortinente, quiere creer que la

necesidad de mar para Bolivia sea impostergable.

Hay periódicos de Chile y Perú que coinciden en burlarse del deseo boliviano que recién ha venido a darse cuenta de que necesita mar. De todo tiene la culpa ese silencio seudodiplomático.

Precisa acordarse que ya José Ballivián, el año 1845, tendía a la adquisición de Arica; de que Adolfo Ballivián, en 1863, encarecía la urgencia de tender rieles entre Tacna y La Paz; de que Gabriel René Moreno, en 1880, juzgaba que valía la pena perder todo Cobija a cambio de tener Arica.

Esta ha sido la política boliviana de toda la vida. Cuando la república tenía su litoral, sus estadistas clamaban por Arica; cuando la clausuran y

enmurallan, nadie habla, todo el mundo adquiere una reserva pueril y, claro, el continente tampoco habla, Chile y Perú sostienen que con las franquicias aduaneras de Arica, Mollendo y Antofagasta, Bolivia tiene de sobra, y, por tanto, la mediterraneidad se va haciendo un dogma continental; y el día en que los bolivianos ensayen una vindicatoria la América del Sur no sabrá comprenderla y acaso la desautorice por hallarla antojadiza o baladí.

Francia, desde el día mismo del Tratado de Versalles, empezó a clamar por Alsacia y Lorena, que no son tan francesas ccmo se pretende; tanto ha gritado, que al fin en el mundo ya se cree que Alsacia y Lorena son de Francia y que Alemania cometió la

peor injusticia al apropiarse de ellas España nunca deja de insinuar sus derechos sobre el Peñón. Argentina, año tras año, le recuerda al mundo que ella es la verdadera poseedora de las Malvinas; el Perú, en ningún instante enmudece acerca de sus derechos sobre Tacna y Arica. Chile, todos los años, promete que siempre se halla dispuesto a respetar el Tratado de Ancón.

Y cada pueblo de estos tiene esparcidos por el mundo innumerables agentes que propagan el deseo de sus respectivas patrias y tratan de llevar a la conciencia universal la convicción de que ese deseo es la representación inequívoca del derecho y la justicia.

Sólo Bolivia no le dice al mundo

que un pueblo libre en estos tiempos no puede vivir sin salida al mar.

Sus periodistas, sus diplomáticos, sus hombres de mundo, sus conferenciantes, sus escritores,—todos sus hombres de alguna significación intelectiva o social, debiera Bolivia esparcirlos por el mundo, por la América del Sur, especialmente, con la única consigna de que todos sus actos y palabras hayan de imantarse hacia esta expresión:—Bolivia necesita un puerto en el Pacífico.

Solo mediante una acción oficial y colectiva intensamente enérgica, será posible convencer a los pueblos de aquella necesidad. Y luego, formular ante Perú y Chile un planteo categórico, del todo leal, sin ambajes, que per-

mitan a las cancillerías de Lima y Santiago dar respuestas evasivas.

Debiérase empezar por la fundación de una liga cuyo único objeto fuese tender a la adquisición del puerto; una Liga que no tuviese mayores relaciones con el gobierno y con el oficialismo en general; una Liga que palpitase con toda la violencia conquistadora de los sentimientos populares, con toda el alma del pueblo, llena de estímulos y dinámicas.

Tendría dos objetos: uno, político y moral—convencer al extranjero, principalmente al peruano y al chileno, de que Bolivia necesita un puerto, y convencer al propio pueblo boliviano de que todo el esfuerzo de la nacionalidad debe orientarse hacia el Pacífico; otro, económico—allegar fondos, incansa-

blemente, a fin de poder abordar, en el momento dado, todas las emergencias inherentes a la consecucion del puerto.

Todos los habitantes de Bolivia, hombres, mujeres y niños, estarían en la obligación de concurrir, periódicamente, con su óbolo a la tesorería de la Liga. El comercio, por su propia conveniencia coadyuvaría; y no podrían eximirse las municipalidades, el gobierno y el parlamento, en calidad de simples colaboradores.

Esta sociedad, daría a los esfuerzos nacionales de Bolivia la brutal unidad indispensable al triunfo; presionando en el interior y hábil y extensamente ramificada en el exterior, al cabo de tiempo breve llegaría a realizar sus deseos sistemados.

El momento y las compensaciones

———

Es realmente extraño que, en los casi siete lustros que van corridos desde 1884—Pacto de Tregua chileno–boliviano—fecha en la que, de *ipso*, Bolivia se quedó sin litoral, el problema de recuperarlo o sustituirlo, no haya sido discutido sino a la sordina diplomática o en esporádicos arrebatos de la prensa.

En el Perú, nadie se ha acordado de enfocar, desde punto de vista cien-

tífico y moral, la necesidad que Bolivia tiene de costa marítima. En Chile, donde el hombre de Estado es más completo, sí estudiaron el problema, aunque no con la intensidad que él merece.

Dentro de Bolivia, no se pensó, y esto, en silencio, sino en la revancha. Arica, era una esperanza vaga; y para alentarla no existían, cual en el caso de la adquisición de Cobija, los estímulos ardientes de la guerra reparadora y vengativa.

Los nervios de los pueblos, son los que, en este momento preciso, han obligado a los gobiernos a discutir el problema en su realidad histórica y política. Las palabras: Libertad, y Justicia y Derecho, van perdiendo cada día en eficacia y ya los hombres de

ideas las someten a escrupuloso análisis antes de emitirlas; pero todavía, en el seno de los parlamentos y en la conciencia difusa del pueblo—y más si se trata del pueblo suramericano—tales palabras tienen un hondo fragor espiritual, y la virtud y la magía de exaltar corazones y hacer fuertes los ojos ante el brillo quemante de las realidades.

Firmado el armisticio europeo, todo el mundo ha repetido, en rapto frenético, las palabras que, desde los más oscuros tiempos, repiten los vencedores: Libertad, Justicia, Derecho. Civilización. La resonancia que tales palabras pueda alcanzar, está en razón directa de la magnitud del conflicto. A conflicto universalizado, resonancia universal.

La guerra terminada en 1918, ha puesto en la vértebra de la especie algo así como un espasmo de Justicia; los nervios doloridos de los hombres se han refugiado en la metafísica de esas palabras para encontrar en ellas bálsamo o cauterio.

Y entonces ha nacido, con fuerza moral, el deseo de las reparaciones, el ansia de remediar medros injustos, la fiebre por dar a los hombres y a los pueblos lo que les fué cercenado en riqueza, en honor o en amplitud.

Y Perú y Bolivia gritaron, unisonantes:—vamos a la revancha de la guerra del Pacífico—Los pueblos vibraron y Chile vió que, por lo menos en lo que se refiere a Tacna y Arica, lleva el pleito perdido. El mundo, ilusionado por la idea de la Justicia,

comete las mayores injusticias para lograrla; todos los pueblos acaso presionarían a Chile a fin de lograr que devuelva las Cautivas.

Pero en este momento de hipnotismos fecundos y de epilepsias redentoras, conviene que la pasión se encauce hasta convertirse en energía. Bien está que el Perú vea reparado lo que vió escarnecido; pero para Bolivia debe correr la misma regla. Concretamente, la liquidación de la guerra de 1879, debe abarcar los intereses de los dos pueblos.

Si Bolivia se queda sin puerto, es inútil darle al Perú Tacna y Arica: nada se evitaría con ello. Nada, porque la guerra perú–boliviana no tardaría, creando otro saldo y, por tanto,

constituyendo la génesis de otra contienda. Y así sucesivamente.

Chile parece dispuesto a ceder Tacna y Arica, a cederlas a Bolivia; y será lastimoso que el Perú no acepte la transacción. Porque, sin negar que al Perú le son debidas las más altas y eminentes compensaciones, el problema concreto es este:

—Bolivia no puede seguir sin puerto.

Termina el anterior

En medio del delirio de Justicia de Libertad, etc., Chile ha comprendido, con sagacidad política, que no le conviene excluirse, que su deber, hasta ideal, si se quiere, es sumarse a ese movimiento caluroso en pos de abstracciones inverificables.

Y entonces ha dicho: ahí están Arica y Tacna a disposición del Derecho, de la Justicia, etc.; venga el Tratado de Ancón, para cumplirlo o, si

quereis, demos estas provincias a Bolivia que las necesita.

El Perú no quiere entender ni lo uno ni lo otro. No admite ir al plebiscito que el Tratado de Ancón señala; no soporta que Bolivia tenga siquiera la esperanza de soberanía sobre Tacna y Arica.

Qué es lo que anhela el Perú, nadie lo sabe. Qué es lo que hace, se ve; y da vergüenza: pide la protección de Yanquilandia, impetra la mediación de Wilson; y, por boca de Wilson, Yanquilandia contesta que no quiere meterse en pleito ajeno. Respuesta prevista. (1)

Chile, muy cortesmente, no acepta que Wilson ofrezca siquiera, intente

---

(1) Vèase nuestro libro "*La Próxima Conflagración Suramericana*".—De venta en esta casa.

apenas desempeñar de intercesor. Ni se explica cómo los peruanos que consideran oprobio ceder Tacna y Arica, no estiman infamia ese perpetuo gimoteo ante Yanquilandia, como si solo en Yanquilandia tuviese asiento la Justicia o a la América del Sur no le quedase más destino que ser tributaria del piel-roja.

El actual Canciller chileno, señor Barros Borgoño, es, de antaño, partidario de que Tacna y Arica sean para Bolivia. Hoy, desde su alta situación oficial, parece resuelto a sostener sus ideas.

Los diarios paceños han publicado las condiciones bajo las cuales Chile aceptaría que Bolivia entrase en posesión de Arica y Tacna. No las comentamos aquí, por no saber si serán

el verdadero sentir del Gobierno de la Moneda.

Pero ya que de compensaciones se habla y ya que son del todo necesarias y justas, conviene una observación: Chile no tiene por qué pedir compensaciones por entregar Tacna y Arica. En su calidad de administrador de esas tierras—administrador en litigio—lo más que puede pedir es reembolso de gastos, pago de las mejoras: un simple derecho de inquilinato. Quiere decir que a Chile Bolivia tendrá que pagarle: a) el costo del Ferrocarril de Arica a La Paz; b) el millón de libras del Tratado de Ancón; c) el valor de las obras públicas y militares que Chile haya realizado en ambas provincias. Pero como Arica—si pasase a poder de Bolivia—podrá

ser puerto libre para la bandera mercante chilena, eliminemos el millón de libras.

Con respecto al Perú, nos parece que, a cambio de que renuncie a sus derechos sobre Tacna y Arica, se le puede otorgar las siguientes compensaciones: a) exclusiva de la navegación en el Titicaca, sin alterar la división política de este lago, y supresión, en él, de toda gabela boliviana; b) construcción, pagada íntegramente por Bolivia, del ferrocarril de Puno a Guaqui; c) Bolivia liquidaría los saldos de la Compañía Peruana de Vapores y comprometeríase a preferir, para su comercio, los barcos de dicha compañía; ch) Bolivia daría todo género de facilidades para la fundación, en su territorio, de un Banco Peruano; d)

Arica sería puerto libre para la bandera mercante peruana.

Pero como habría que tender a la fusión de las marinas mercantes de Chile y Perú, con participación de Bolivia, que liquidaría los saldos de aquellas, proporcionando, a su vez, más naves, resulta que Arica, en buena lógica, no sería puerto libre para Chile y Perú, sino para los barcos de una flota en la que Bolivia, dueña de Arica, tendría participación en un tercio. Entonces, para los vapores de esa flota tripartita, también serían puertos libres Paita, Callao, Mollendo, Antofagasta y Valparaiso; la misma flota tendría la exclusiva del caleteo y el cabotaje en los puertos menores de toda la costa de las tres naciones. (1)

---

(1) Para más detalles acerca de esta organización naviera, véase "*Deberes de Chile, Perú y Bolivia ante el Problema del Pacífico.*"

Para el pago de las sumas estipu ladas—excepción hecha de las liquida-ciones de la Compañía de Vapores—y para la construcción del ferrccarril de Puno a Guaqui, se le daría a Bolivia un plazo de quince o veinte años.

Al fin, las aduanas terrestres entre las tres naciones, quedarían abolidas. Y, a base de estas compensaciones y reembolsos, se podría llegar a otras más importantes: la moneda única, la uniformidad postal, etc. Todo, poco a poco, sagaz e inteligentemente.

Síntesis de la Controversia

Cuando empezamos a escribir estas líneas la Cancillería boliviana inicia gestiones concretas para lograr un puerto y organiza una propaganda de cuya eficacia ya se puede responder.

De otro lado, Chile trata de acercarse al Perú y a Bolivia a fin de buscar la solución de todo el problema del Pacífico.

La alianza—por lo menos la *entente*—de Bolivia y Chile, parece consu-

mada; en La Paz, los ánimos inician una aproximación a Colombia, lo que, en último resultado, equivale a un franco entendimiento con Chile.

En medio de toda esta inquietud, sólo el Perú conserva su olímpica indiferencia. Se parece a esas mujeres bellas y estúpidas, a las cuales nada ni nadie logra sacar de su mutismo vanidoso. Se diría que el Perú pretende, como la Inglaterra en la segunda década dei siglo XX, mantener un "espléndido aislamiento." Se nos dice que en el Perú nadie duda del poderío de la nación. El ejército y la marina son incipientes y semiorganizados; las líneas de comunicación y los centros de aprovisionamiento nadie los conoce; el dinero, se supone que va a darlo Yanquilandia; la actitud

de las demás potencias suramericanas no está prevista. Pero todo esto no impide que la prensa—y particularmente la ministerial—pide a gritos la guerra.

Hay bolivianos que piensan que la mejor forma de adquirir puerto es ir, sin ambajes, a la ocupación militar de Tacna y Arica. Con acuerdo de Chile, desde luego. Y si tal sucediera, es difícil preveer cual sería la actitud del Perú. En aquel momento, ir a la guerra contra Bolivia, significaría la guerra contra Chile y, por lo tanto, contra Colombia y Ecuador (1), o, lo que es lo mismo, el despedazamiento del Perú, pues se puede afirmar que Argentina y Brasil no permanecerían

---

(1) Véase "*La Próxima Conflagración Suramericana*".—De venta en esta casa.

neutrales, por mucho que acaso Argentina fuese con el Perú.

Soportar la ocupación de Arica y Tacna, tampoco resulta posible. Entonces, el Perú, o rompía con Bolivia sus relaciones diplomáticas y comerciales, lo cual es de gravísimas y pesadas consecuencias económicas, y seguía cultivando el falso ideal de "las cautivas", con la diferencia de que el tenedor de éstas ya no sería Chile; o se avenía a negociar con Bolivia: y, entonces, ésta nación, en su calidad de ocupante, o poseedora, que es lo mismo, ofrecería condicicnes mínimas.

No es difícil sostener la tesis de que Bolivia tiene sobre Tacna y Arica derechos políticos, derivados del ferro-carril de Arica a La Paz. Por lo menos, presenta derechos comerciales; y

dentro de la concepción cremastítica y casi fisiocrática que hoy se tiene del Estado, tales derechos pueden, sin gran esfuerzo, producir la soberanía.

El derecho territorial de suyo es indiscutible y frágil, y más si se trata de países con absoluta igualdad etnográfica y filológica. Y tal derecho se presenta casi nulo en el caso de Tacna y Arica, tierras que podríamos llamar mostrencas, ya que el justo derecho que el Perú tiene sobre ellas está lesionado y deprimido por los treintaicinco años de soberanía chilena; y ésta soberanía no es todo lo eficiente que debiera, pues el derecho peruano la relaja.

En tal situación, los derechos comerciales—políticos, en buena cuenta—

de Bolivia, acaso pesen más que las pretensiones del Perú y Chile.

Hasta se puede aceptar que Tacna pase a la soberanía peruana; y en tal caso, lo mismo las compensaciones debidas de Perú que los reembolsos que requiere Chile, sufrirían disminución apreciable.

Hemos tratado de analizar todos los aspectos y calcular todas las posibilidades a fin de llegar a una respuesta que valga la pena. Falta que los peruanos recuerden algo que les interesa: en caso de una guerra con Bolivia, el puerto no sería ni Arica ni Sama. Sería Mollendo; y entonces Arequipa, Puno, Moquehua, Tacna Libre, pasarían a manos de Chile y Bolivia, sin duda posible aliados. Y

esto se avecina y ocurrirá si el Perú sigue su diplomacia de locuras.

Acaso Chile y Bolivia debieran favcrecer en el Perú una revolución que diese fin con la oligarquía y, al atraer nuevos hombres e ideas nuevas, trajese la solución del problema del Pacífico. La verdad es que el Perú necesita renovarse hasta su última modalidad y su último hombre. Todo su institucionaje está pavorosamente corrompido y nada será posible mientras subsista; los ciudadanos están acostumbrados a falsearlo y no es hacedero darles otros hábitos. Lo que hay que hacer es darles otra organización. Y esto no es lograble sino mediante la revuelta.

La discusión permanente del asunto de Tacna y Arica ha enfermado el criterio de los peruanos; lo ha hecho

irritable y suspicaz, unilateral y estrechísimo.

La política boliviana de última hora, es del todo clara y se reduce a estos dos términos correlacionados: Bolivia necesita un puerto en el Pacífico; ese puerto debe ser Arica.

Nosotros añadimos: si no se cuenta con el asentimiento de Chile, ese puerto debe ser Sama.

Porque el problema tiene otro planteo: Bolivia necesita un puerto en el Pacífico; ese puerto no pueden darlo sino Chile o el Perú.

Ahora bien: el Perú no quiere ni encarar el problema y se niega furiosamente a discutirlo. Chile lo ha encarado y dice—"discutamos la posibilidad de que Tacna y Arica sean de Bolivia; si vemos que no es posible,

vamos juntos a la guerra contra el Perú."

Quiere decir que, de hecho, el problema está resuelto por doble vía. Del Perú depende que sea por la guerra o por la inteligencia. Dentro de la lógica de su raza, el Perú debiera escoger la segunda vía, ya que no es pueblo militar y si tiende a ser pueblo intelectual.

La Paz, 4 de Diciembre de 1918.
La Paz, 25 de Diciembre de 1918.

INDICE

Falsa Carátula.
Dedicatoria.
Epígrafe.
RECTIFICA Y AMPLIA.....11
POLITICA GENERAL.....17
ENSAYO ETICO SOBRE EL MAR 25
LA ILUSION PELIGROSA.....31
EL PUNTO DE VISTA CHILENO.....37
EL PUNTO DE VISTA PERUANO..... 45
LOS PROCEDIMIENTOS..... ...51
EL MOMENTO Y LAS COMPENSACIONES...59
TERMINA EL ANTERIOR..... 65
SINTESIS DE LA CONTROVERSIA..... 73

3984.

N
341.221 000048
M79 MORE, Federico
Tacna y Arica para
Bolivia??

206